



para nuestro Montevideo
que me saca el alma
en fotos.

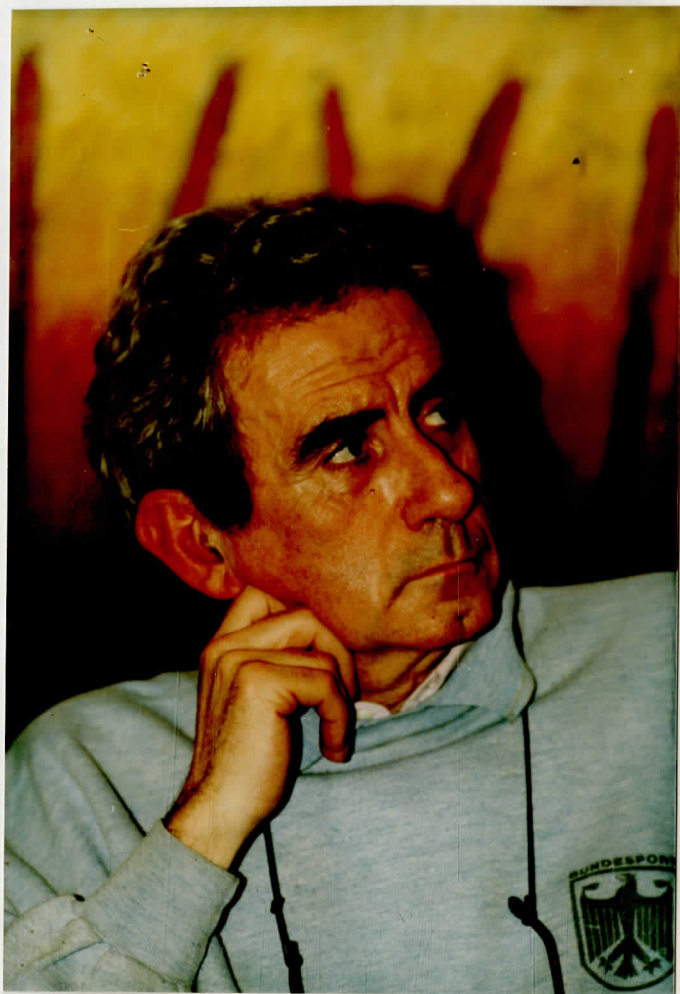
Con el profundo afecto

de Eduardo Gudimoff

B. Aires, abril de 1988

L.C.A.B.A.	
Nº DE	INVENTARIO
UBICACION	
INGRESO	
MATERIA	

ESCRITORES
ARGENTINOS
Novelas, cuentos y relatos



Historias probables e improbables

"Nombres de mujer"

Por Eduardo Gudiño Kieffer

(Emecé)

ALICIA, Camelia, Flavia, Irene, Mercedes y otras designaciones exóticas como Djemila, Enida, Erzebet, Fiona, Leanán, Ormarú, son algunos nombres de mujer alrededor o a partir de los cuales Eduardo Gudiño Kieffer levanta estas historias centradas en peripecias en las que el juego o el disparate hacen de las suyas. Así, la multiplicidad de los nombres -"palabras con que se designa a una persona para distinguirla de las demás", dixit Julio Casares y lo recuerda el autor de "Fabulario"- corresponde a la diversidad de situaciones o personajes que organizan el libro, cortejo o excusa para que el autor expanda un discurso ficcional que reacciona contra retóricas literarias, coacciones lingüísticas o anquilosadas costumbres sociales.

Algunas de estas historias son ciertamente improbables -"Alicia". "Djemila", "Erzebet", la Bathory (aquella "condesa sangrienta" sobre la cual alguna vez escribió Alejandra Pizarnik) o

"Leanán", relato preferido por esta cronista-; en otras, aparecen situaciones banales a las cuales la fantasía o la mezcla etílica o el borborigmo onírico prestan contornos alucinatorios; en las demás, circunstancias más o menos usuales por obra y gracia de una narración que atiende a su costado risible o grotesco, adquieren nuevas dimensiones: "Dea Diva", "Camelia", "Enid", "Flavia", "Irene" (esta última espléndida y paródica estrategia de seducción masculina con oportunísimo final).

Gudiño Kieffer exhibe sus habilidades conocidas para extraer de argumentos disparatados, o usualmente cotidianos, pero vistos con pantógrafo -la mujer enamorada de dos hermanos gemelos; el muchacho que quiso a Gloria y conquistó a Gloria-, para extraer, digo, destellos impensados, códigos risibles. Quiebra la costumbre o lo esperado con la fanfarria de su fantasía y desenfado, porque posee la virtud de ampliar y complicar la eventualidad de

esa desavenencia que suele tener la realidad consigo misma. Gudiño Kieffer, por sobre todo, juega astutamente con las posibilidades de las palabras, ordena -o desordena- lo real bajo el régimen del disparate verbal. Por cierto, tal actitud exige lectores capaces de seguir las espirales de sus divagaciones o la eclosión de tales chisporroteos.

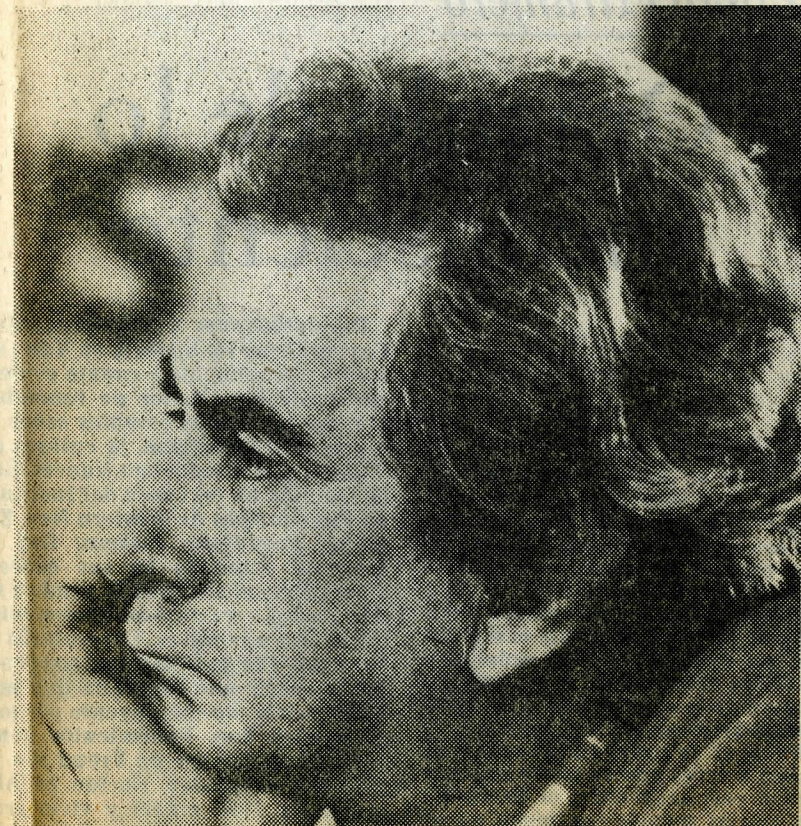
No sé por qué -o quizá sí, lo sé- recuerdo que el crítico George Steiner alguna vez señaló que los títulos de De Kooning ponía a sus lienzos "no pretendían significar sino adornar o desconcertar". ¿No podría sospecharse que a Gudiño Kieffer le ocurre algo semejante? El lector tiene la palabra. Pero evidente resulta que, en un mundo en el que el comercio verbal parece haberse encogido y el número de palabras disponibles resulta cada vez más escaso (y groseras, si pensamos en el corte que están tomando algunos discursos políticos), este escritor amplía la viabilidad de las mismas, expone una gama exuberante de vocablos, señala la vitalidad saludable del lenguaje; le da

capacidad de encantamiento y ¿por qué no? de conjura. Podrá decirse que hay mucha espuma, exceso de artificio. Quizá. Pero si bien es cierto que no hay que pedirle profundidad a textos que tienden, por su misma razón de ser, a la frivolidad, estoy cierta de que la imaginería verbal, uno de los rasgos más notorios de este escritor, es digna de celebrarse. Y lo hago.

El prólogo de Martín Noel habla de otros aspectos de este libro. Yo sólo quiero agregar que me parece lamentable la inclusión de esa serie de disparates, bastante conocidos, totalmente misóginos, pensados por diversos hombres a través de los siglos, que preceden a los relatos; disparates que si algo agregan es la discordancia de un mal gusto pasatista y ociosamente agresivo para la mitad de la humanidad. Que somos nosotras, las mujeres. (213 páginas.)

María Esther de Miguel

(c) LA NACION



Eduardo Gudiño Kieffer